



El balanceo del Alacrán **Eduardo Fernán-López**



DESTINO

El balanceo del Alacrán

Eduardo
Fernán-López

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1713

© Eduardo Fernández López, 2025

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España.

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-233-6845-7

Depósito legal: B. 15.418-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Barrio de Canido, Vigo

Sábado 15 de octubre de 2022, 19.45 h

Una descarga le recorrió la espalda cuando golpeó por tercera vez el portón de madera. Sin apenas tiempo para interpretar aquella sensación, escuchó una voz ronca al otro lado de la puerta.

El septuagenario abrió despacio, tan extrañado como molesto por la intempestiva visita, y el viento racheado y frío del exterior se coló en la vivienda. El anciano en un primer momento ignoró al recién llegado, entretenido en observar como la lluvia lo mojaba todo a su alrededor. La actitud distraída duró apenas los segundos necesarios para que el tipo que acababa de llamar a su puerta pudiera verle la cara con claridad. Una sonrisa de aprobación se le dibujó en la boca.

Anocheecía esa invernal tarde de octubre cuando las primeras palabras de disculpa brotaron de la boca del forastero, que de repente no lo fue tanto. Un atisbo de desconfianza surgió en la mente del viejo que, sin reparar en lo que el otro le decía, intentó cerrar la puerta sin éxito. El extraño, anticipándose, lanzó su fornido cuerpo contra la hoja de madera que los separaba. Al dueño del chalé no le quedó otra opción que recibir la

embestida, que lo tiró al piso de mármol del zaguán. El desconcierto inicial se convirtió en pánico cuando desde el suelo se percató de que el hombre se colaba en el interior de la vivienda y cerraba a su espalda. Un nuevo ataque de tos le sobrevino mientras intentaba recuperar el equilibrio e hizo palpable su paupérrimo estado físico culpa de los disgustos y las malas noticias que habían comenzado a asediario un año atrás. Sobreponiéndose, logró erguirse para intentar alcanzar el taquillón de roble situado a la entrada del salón.

El asaltante, admirado por la tenacidad mostrada por el viejo, decidió tomar la iniciativa y poner fin al repentino brote de dignidad lo más rápido posible. Eligió la escultura que consideró más maciza de todas las expuestas en una repisa cercana y, empuñándola con seguridad, en un par de zancadas se plantó ante él. El amo de la casa, pendiente de llegar a su destino, no prestó la atención debida al avance del otro, lo que le robó la posibilidad de protegerse del fuerte impacto que estaba a punto de recibir en la cabeza.

Tras un contundente segundo golpe en la zona parietal, dejó de moverse.

El agresor no tuvo que invertir mucho tiempo en arrastrarlo desde el salón hasta la entrada trasera de la vivienda, donde una puerta comunicaba con un jardín exterior que se prolongaba prácticamente hasta el borde del océano. En otro momento hubiera disfrutado de las vistas con calma, pues la construcción se erigía sobre las propias rocas del acantilado, que en ese momento apenas conseguían contener la braveza de las olas empujadas sobre la costa gallega por el primer temporal del otoño. Una stampa digna de admirar. La fuerza de la naturaleza siempre lo era.

Sin apenas esfuerzo, gracias a la inexistente resis-

tencia del hombre que tenía el cráneo fracturado en varios puntos, lanzó el cadáver al interior de la piscina situada justo donde la parcela limitaba con las rocas. Al terminar la tarea se paró unos segundos, con la intención de recargar el aire viciado del interior de los pulmones. Fue entonces cuando percibió algo. Contuvo la respiración durante unos segundos, intentando afinar el oído y descubrir si lo que acababa de escuchar era lo que suponía.

Claro que lo era.

Una voz femenina resonaba desde el interior de la vivienda, mostrándose cada vez más próxima a su posición. Con el ruido del mar batiendo a unos metros, se dio cuenta demasiado tarde de que alguien había entrado en la casa, por lo que desconocía el tiempo que llevaba allí dentro. Desde luego no el suficiente como para advertir algo extraño, porque, de haberlo hecho, no seguiría marcando su posición con tanta tranquilidad. Un sosiego que se cortó de golpe cuando la mujer reparó en los restos de sangre que dibujaban el camino por el que él acababa de arrastrar el cuerpo. El primer grito que lanzó cruzó el espacio que los separaba de una manera desaforada. Entonces todo se aceleró.

El hombre entró de nuevo al salón con la intención de encararse con la mujer, quien al verlo aparecer y espoleada por el pánico intentó ganar la puerta de la calle. No lo lograría, pues el largo tiempo transcurrido desde su última visita a la vivienda, junto con el mermado razonamiento espacial debido a lo comprometido de la situación, le jugó una mala pasada. Una mesa de lectura cubierta de viejos periódicos que no estaba en el lugar de costumbre la hizo tropezar y caer al suelo con estrépito.

Llevado por una furia que no sabía a ciencia cierta

de dónde provenía, tomó la misma escultura utilizada un rato antes para golpear al viejo y, aprovechando su posición de superioridad, lanzó sobre la mujer una fuerte descarga. Ella fue capaz de contener el impacto con uno de los antebrazos, logrando que la figura no alcanzara de lleno su cabeza. Sin embargo, la embestida le rompió la muñeca. Llevada por su instinto la mujer apartó el brazo y se sujetó la zona dañada con la otra mano. Fueron apenas unos segundos los que tardó en darse cuenta de su error e intentar volver a cubrirse el rostro, pero ese leve intervalo fue más que suficiente para que su agresor le propinara una segunda sacudida, que esta vez sí consiguió su objetivo.

Cuando el asaltante se incorporó vio cómo la sangre espesa y oscura que salía del cráneo fracturado de la mujer avanzaba en dirección a los bordes de la alfombra. La imagen le recordó a la de una marea negra acechando la costa. Fue en ese preciso instante cuando la adrenalina se deshizo, reconvirtiéndose en un estado de pavor incipiente que le pedía abandonar aquel lugar cuanto antes.

Al dirigirse a la salida, recordó el ímpetu mostrado por el viejo en intentar llegar hasta el taquillón situado en el salón. Lo pensó un par de segundos más y se permitió saciar su curiosidad antes de largarse de la casa para siempre. Al abrir el cajón central del mueble descubrió una caja antigua apenas maltratada por el paso de los años que contenía una pistola en perfecto estado.

Huyó de la casa lanzando la vista atrás a cada pocos pasos, convencido de que nadie le veía. Esos gestos le evitaron atisbar la silueta de la persona que se escondía en las sombras de la noche. Allí, entre la oscuridad

que le brindaba el retranqueo de la finca vecina, la figura de sal que respiraba intentando no hacerse notar pudo contemplar cómo el hombre que abandonaba apresuradamente el chalé se afanaba en ocultar algo en los bolsillos del chubasquero.

Cuando el asaltante desapareció calle arriba, permaneció inmóvil un minuto más, hasta asegurarse de que nada se movía dentro de la casa. Fue entonces, consciente del amparo de la soledad, cuando salió de su escondite para encaminarse hacia el estrecho callejón que separaba ambas fincas y daba acceso a la playa. Allí forzó la puerta lateral que días atrás había inspeccionado con detenimiento y se coló en el jardín.

Unos segundos después tenía ante sí el cuerpo del hombre que había ido a asesinar. Alguien se le había adelantado. Sin darle mayor importancia lo dejó allí y entró en la vivienda. No le hizo ninguna gracia encontrar un segundo cadáver en el salón. Con ese no contaba. Se acercó levemente, cuidándose mucho de no pisar el charco de sangre que lo rodeaba, y pronunció una maldición en voz baja. Aquello iba a costarle más de una explicación.

Al girarse para volver a la calle, mientras hacía cuentas y llegaba a la rápida conclusión de que quizá podía sacar algún tipo de partido a la nueva situación, se percató de que una de las cajoneras del taquillón del salón estaba mal cerrada. El instinto le empujó a acercarse y a abrirla por completo. Al volver a colocarlo todo en su lugar, reparó en un detalle que su predecesor, seguramente llevado por la inminencia del momento, había dejado en el olvido. Aprovechó esa oportunidad del destino para hacerse con el objeto antes de salir del chalé utilizando de nuevo la abertura disimulada en el camino peatonal.

2

Estadio de Balaídos, Vigo

Domingo 16 de octubre de 2022, 12.30 h

El domingo por la mañana, la esquina ocupada por el bar Tribuna estaba tan concurrida como el resto de las calles del barrio de Balaídos. Solía ocurrir lo mismo cada vez que el Celta jugaba en casa, sobre todo si el partido, como era el caso, resultaba importante para el equipo de la ciudad. Aún quedaba un poco más de dos horas para que la pelota echase a rodar en el interior del estadio vigués, pero en los alrededores una marea de color celeste llevaba un buen rato calentando garganta y espíritu a base de cervezas y pinchos de tortilla. Apaciguando, al menos en parte, el mal tiempo que les tocaba en suerte aquella jornada.

Tristán Negreira intentaba hacerse hueco junto a la barra, atendida por un par de atareados camareros, con la intención de pedir una nueva ronda de bebidas antes de que la lluvia volviera a caer con ganas y obligara a su grupo de amigos a buscar refugio bajo los toldos y balconadas cercanas. Cuando quince minutos después consiguió volver a la mesa ocupada por la cuadrilla, situada frente a la nueva fachada de metal ondulante con el color corporativo del club, sintió que su

teléfono móvil comenzaba a vibrar en el interior del bolsillo del pantalón. Tras liberarse de las botellas he-
ladas, que desaparecieron de sus manos como por arte
de magia en cuanto los otros detectaron su presencia,
buscó el aparato para comprobar que tenía varias lla-
madas perdidas, todas pertenecientes al mismo núme-
ro. Apartándose un poco del bullicio, apretó el botón
de rellamada. Al segundo tono, la voz de la subinspec-
tora Almada apareció al otro lado de la línea.

—¿Te pillo en mal momento, jefe?

La respuesta del inspector se demoró unos segun-
dos más de lo normal y dejó claro que así era.

—No, no te preocupes. Estoy en Balaídos, a punto
de entrar al partido.

—Estabas —le corrigió la subinspectora con tono
socarrón—. Acaba de entrar un aviso notificándonos
de un posible homicidio y Miñoca te quiere al frente
del dispositivo de inmediato.

Al escuchar el apelativo con el que los del grupo
policial conocían al comisario Carlos Miño, se le agrió
el gesto y acabó claudicando. Tampoco existía otra po-
sibilidad en el horizonte. Sin esperar a recibir más de-
talles de su mano derecha, el inspector Negreira le
marcó a la subinspectora un lugar en donde podía re-
cogerlo diez minutos más tarde.

Colgó de un humor terrible.

Los comentarios de fastidio de sus amigos por la es-
pantada de última hora resonaban aún a sus espaldas
cuando se encaminó hacia la avenida Florida, dejando
atrás el barullo y el día libre. Los oscuros nubarrones
que lo cubrían todo comenzaron a descargar lluvia
cuando llegó a la altura del hotel Hesperia, obligándole
a buscar refugio bajo la marquesina del establecimiento
hasta que un vehículo se detuvo ante él. Con cuatro zan-

cadras de sus largas piernas, el inspector del Grupo de Homicidios de Vigo alcanzó la puerta del copiloto y se coló en el interior. Almada le sonrió como saludo y aceleró en dirección a la zona de playas sin pronunciar palabra alguna.

La media sonrisa de la mujer intranquilizó a un Negreira que empezaba a conocer a su compañera. Sabía que tras aquella cara risueña se ocultaba algún dato escabroso sobre el caso que acababa de estallarles en la cara, y que la subinspectora iba a disfrutar haciéndolo esperar para ponerle al tanto. A pesar de la capacidad innata que tenía para sacarlo de quicio, jugando con su poca paciencia, Virginia Almada le caía bien. Muy bien. Al fin y al cabo, aquella mujer se había convertido en su principal apoyo cuando su relación con Ana había saltado por los aires después de muchos años. Almada le comprendía, era capaz de ponerse en su lugar, de ver la situación desde su mismo punto de vista. Consiguió que después de la ruptura el inspector volviese a sonreír y a sentirse cómodo junto a una mujer, aunque esta fuese una compañera de trabajo. Y eso, en ocasiones, a Negreira le ponía un poco nervioso. Ella lo sabía, y aprovechaba la situación para picarle y poner en evidencia su incapacidad para demostrar sus sentimientos. Tal vez por eso, desde que la subinspectora ocupara su puesto en el Grupo de Homicidios que él dirigía, ambos se habían convertido en un binomio inseparable que obtenía buenos resultados en las misiones que les encomendaban.

Cuando cruzaron el río Lagares y se incorporaron a la carretera de Camposancos, la subinspectora respiró aliviada al comprobar que el embudo de coches que entraban y salían de la ciudad comenzaba a disiparse. Con el camino expedito, apretó el acelerador y la mue-

ca cínica de sus labios dejó paso a la sonrisa generosa que solía lucir. Fue entonces cuando comenzó a explicarle a Negreira que poco después de las once de la mañana una mujer muy alterada había telefonado al 112 informando de la aparición de un cadáver en el salón de la casa en la que trabajaba.

—Los de emergencias tuvieron que mandar un equipo médico para atenderla.

—No me extraña. No es la mejor sorpresa para empezar el día.

—Para sorpresa la que se encontró la patrulla que acudió al aviso —terció la policía mientras rebasaba unos vehículos detenidos en doble fila a la puerta de una popular panadería— cuando al entrar en la casa vieron que los cadáveres se habían multiplicado.

La cara de Negreira pasó del asombro a la incredulidad en cuestión de segundos. Acababa de descubrir el motivo de la sonrisa sardónica de la subinspectora cuando se había montado en el coche.

—El milagro de los panes y los peces, pero con fiambres —confirmó la subinspectora con cinismo.

Mientras cruzaban Coruxo, encaminándose hacia el Vao, Almada fue desgranando el resto de la información que poseía hasta el momento, que tampoco resultó ser demasiada, pues en cuanto tuvo la dirección de la vivienda donde se hallaban los cadáveres salió en busca de Negreira para llegar allí cuanto antes.

Al entrar en Canido, el barrio les pareció más alborotado de lo normal. Al poco de comenzar el ascenso por la pequeña cuesta que separaba la zona del puerto de las casas más exclusivas de la zona, la subinspectora detuvo el vehículo. Se apearon a solo unos metros de donde la cinta balizadora, con el logo del Cuerpo Nacional de Policía estampado en azul sobre blanco, cor-

taba el paso a vecinos y curiosos. Nada más pisar la calle, Almada se cerró la chaqueta de cuero y se hizo una coleta en la melena, morena y un tanto ondulada, que le llegaba por debajo de los hombros. Fue en ese instante cuando Negreira advirtió, con estupor, que aún llevaba enroscada alrededor del cuello la bufanda con el escudo y los colores de su equipo. Confió en que nadie se hubiera dado cuenta del detalle y se la arrancó con rapidez, lanzándola sobre los asientos traseros del coche.

La sonrisa esbozada por Virginia al percatarse del apuro del inspector logró que este se ruborizara de inmediato.